EL FINAL

SÉ que estaréis, ciudades,
de pie en las cuatro esquinas de mi muerte
testificando la andadura que acaba en hasta luego.
Hasta luego me voy a callarme la vida,
a meter mis zapatos en el polvo más fino
de la calle hacia Dios.
Cirios no quiero. Lágrimas no quiero.
Tenga piedra delante y vuestros nombres
corazón de los años.

En Córdoba
el nacimiento, el pase, aquella noche
de diciembre y tormenta.
(No tuve yo la culpa de los árboles rotos.)
Te lo diré al oído
ciudad primera con la voz que entonces me estarán arrancando.
Es tuya la semilla paseante que llevo
y la costumbre del mirar parado y el ocio en la luz clara.

Para ti son los ojos.

Sevilla: Veinte años. Había otros jardines,
y veletas quemadas, barcos yéndose,
un órgano con prisa: Así era el mundo.
Conoceré tu aliento
aunque no te aproximes.

Para ti es el olfato.

¿Y ese rumor altísimo?
Ese rumor altísimo colocado de frente
que suena a olla máxima donde se cuecen hombres.
La salida. Madrid: No has de callarte
ni siquiera pensando en la madera pronta a llenarse conmigo.
El tiempo es algo. Cruje,
y se me pone encima y persigue y se cae.

Te dejo los oídos y las piernas.

A Granada...
Pero ¿eres tú una ciudad, Granada, o yo mismo en un nombre
pequeño y aprendido cerca del Corpus, hace...?

De ti me llevo todo.



JIMÉNEZ MARTOS